

Lo más notable del impacto krausista fué la incompatibilidad que desde pronto resultó entre sus cultivadores y los defensores de la ortodoxia religiosa española. Impugnaron el panteísmo krausista Alejandro de la Torre, Navarro, Ortí y Lara, Laverde, Caminero, Fernández Valbuena y otros.

Hacia 1875 el predominio krausista avasalla las inteligencias, y, en franca crisis, se orienta hacia los más diversos sistemas. Entonces la situación filosófica era ya despierta y vivaz. Hace acto de presencia el positivismo, que en seguida encuentra en el kantismo decidido contraste. Rey Heredia, Revilla, Perojo, Azcárate, Tubino, Simarro y otros ocupan las cátedras del Ateneo y de la Prensa.

El escolasticismo concreto renovado vigor en el dominico Ceferino González, al que Menéndez Pelayo reconoce verdadero talento metafísico.

Discípulos del ilustre cardenal fray Ceferino González son Pidal y Mon, Hinojosa, Henestrosa, Ortí y Lara. Este último califica de «falsas» las doctrinas extraescolásticas, y sus libros calcan a Tapparelli, Liberatori y otros. Mendive y Urraburu, jesuitas, se interesan por la filosofía de Suárez. El tomismo está representado, al terminar el siglo, por Fajarnés, Eleizalde, Lledó, Vendrell, Arnáiz y, sobre todos, Antonio Comellas y Cluet.—A. S.

ROMANELLI (Patrick): *Romanticism and Croce's Conception of Science*, en «The Review of Metaphysics», 1956, vol. IX, 3 (págs. 505-514).

Según la tesis de Abbagnano, el idealismo neohegeliano en Italia no ha sido reacción contra el positivismo. Los orígenes románticos de este poderoso movimiento no se hubieran agostado sin la crisis de la segunda guerra mundial.

Históricamente, el romanticismo del siglo XIX es rebelión contra la Edad de la Razón. Psicológicamente, es una reacción humana contra las desconcertantes limitaciones de la razón y de la ciencia. Filosóficamente, el romanticismo es idealista o positivista, siendo la segunda posibilidad un «recorte práctico» de la primera. Idealismo y positivismo constituyen en la actualidad una supervivencia histórica del pensamiento característico del siglo pasado. Su comunidad de

origen hace posible que un filósofo actual pueda ser idealista en algunos aspectos y positivista en otros. Tal es el caso de la concepción crociana de la ciencia.

Croce distinguió pronto dos órdenes de conceptos: los de la filosofía natural y los del conocimiento científico vulgar. Por otro lado, lógica, filosofía e historia se identifican, y, por tanto, la filosofía es la «ciencia verdadera». Consiguientemente, las llamadas ciencias no son de suyo tal para Croce. Estas sólo atienden a las necesidades prácticas de los hombres. Las ciencias son abstractas (matemáticas) o empíricas (físicas), y sus conceptos son *impuros* desde el punto de vista científico. Sólo los problemas filosóficos son, conceptualmente, puras.

Otra de las paradojas que nos hallamos en Croce es que es liberal en política, pero no en filosofía.

No existen para él ciencias normativas: «no deseamos cosas porque nos parezcan útiles o buenas, sino que las consideramos útiles o buenas porque las deseamos». El voluntarismo hegeliano domina.

En definitiva, para Croce, el carácter limitado de las ciencias naturales implica la naturaleza ilimitada del saber filosófico.

Croce se anticipa al ficcionismo de H. Vaihinger partiendo de las teorías físicas de Mach y de la ciencia económica marxista. Pero, justamente, la tecnificación de la ciencia la hace incompatible con la proyección histórica del saber puro, que es el propiamente verdadero, y, por tanto, filosófico.

El saber filosófico es para Croce verdadera religión, así como el cientifismo es para Compte la religión de la humanidad. En este extremo también coinciden el idealismo y el positivismo, afirmando así su común origen romántico.—A. S.

BARIE (Giovanni Emmanuele): *Il neopositivismo*, en «Giornale Critico della Filosofia Italiana», X, 3 (1956), páginas 299-331.

El positivismo reduce toda la realidad a la experiencia gnoseológica. Pero entonces la experiencia viene a quedar en un presupuesto domático y nebuloso, tan inseguro como el ser de los metafí-



sicos. Además, no tiene en cuenta la previsión del futuro como campo en que el hombre espera verificar las exigencias que llega a sentir.

La contribución efectiva del neopositivismo se centra en los aspectos gnoseológicos de la verificabilidad. Reducir lo real a lo verificable supone ya rebasar el realismo ingenuo. Pero contentarse con eso es poco y pobre. Otro aspecto muy importante es el esfuerzo por logizar el lenguaje, distinguiendo entre acepciones vulgares y técnicas, aunque tampoco es suficiente recurrir al simbolismo matemático para cambiar sustancialmente la situación respecto al positivismo antiguo. Por otra parte, el lenguaje en sí mismo mantiene una estructura física propia, que hay que mantener siempre. La experiencia sintetiza en sí un conjunto de elementos, a cuya descripción ha de aludir siempre la expresión lógica.

El carácter más notorio del conocimiento científico neopositivista es el de «intersubjetividad». Esta nota significa una eliminación de la subjetividad, traduciéndola a datos objetivos de tiempo y espacio y sacándola, por tanto, del punto de vista abstracto. Pero hay gran diferencia entre los métodos filosóficos y los científicos. Es ingenuo querer extender el método positivo, apropiado para la ciencia, a la filosofía. Su estilo responde más bien al *homo faber* que al *homo sapiens*.

La intersubjetividad, como método de verificación y de averiguación neopositivista, tiene los límites de ser histórica, porque requiere relaciones concretas entre hombres, y de poder ser objeto de experiencia incommunicable, porque hay experiencias que no son compartibles por darse en la incontinuidad de la conciencia individual como interioridad pura, siendo sólo comunicable su representación expresiva concreta.

Es objeto de comprobación empírica la seguridad de ser cada uno de nosotros un yo continuo, a pesar de la mudanza y variedad de las representaciones y verificaciones que podemos calificar como nuestras. Por tanto, también la historia entra en el concepto genérico de experiencia, aunque no englobable en el concepto de *strong verification* ni de *factually significant*, ya que no es tan verificable la entidad del *acto* como la del *hecho*. El acto es anterior y genético del hecho. La debilidad del neopositivismo

aquí es su incapacidad de comprender la experiencia histórica dada en el sujeto agente. Le resulta imposible admitir la actividad en sí.—A. S.

KLINE (George L): *Recent Soviet Philosophy*, en «The Annals of the American Academy of Political and Social Science», vol CCCIII, enero 1956 (páginas 126-138).

En Filosofía, como en otros sectores, en lo que respecta al conocimiento teórico de la Unión Soviética después de Stalin, parece a primera vista que se ha entrado en un período de relativa libertad de discusión, que ha permitido una cierta elasticidad en lo que se refiere a las diferencias de opiniones. Unas recientes declaraciones son esclarecedoras en este sentido. Según ellas, la solución de los más importantes problemas científicos exige una cierta libertad en la discusión y en el intercambio de puntos de vista. Estos conflictos de opinión se constituyen cada vez más en normas de vida de las colectividades científicas. Se admite incluso que de tiempo en tiempo conviene que exista un conflicto de opiniones para revisar las tesis del marxismo-leninismo, en lo que se refiere a su desarrollo dialéctico. La aplicación de estas tesis a la Filosofía abre posibilidades anteriormente desconocidas. Desde luego, la misión de la Filosofía continúa siendo parcial, ya que no se escapa de estar al servicio de la orientación política. Fundamentalmente, la Filosofía tiene como objeto estructurar científicamente la política del partido.

El último criterio con relación a los métodos y a los supuestos del contenido filosófico consiste en rechazar abiertamente la pretensión de sustituir la lógica dialéctica por la lógica formal, ya que esto implicaría un ataque a los fundamentos del marxismo-leninismo. Se condena también explícitamente el movimiento nihilista, al que se juzga un movimiento desviacionista.

En el orden de la teoría del conocimiento de la Filosofía y de la ciencia, parece que se abre camino una interpretación con una cierta orientación relativista, aunque condicionada a los intereses de la política soviética.

Hay, por último, una mención, en las declaraciones de los últimos tiempos, respecto al sentido de la moralidad en